

PABLO
DIABLO
Y LA
SUPERMÁQUINA
DEL TIEMPO

Francesca Simon

Ilustraciones de Tony Ross

Traducción de Miguel Azaola





.....

LA CAMINATA DE PABLO DIABLO

Pablo Diablo miró por la ventana.
¡PUUAAAAAJJJJ! Hacía un día precioso.
Brillaba el sol. Trinaban los pájaros.
Soplaba la brisa. En el cielo luminoso
flotaban unas nubecillas de algodón.

¡Qué mal!

¿Por qué no llovía? ¿O granizaba?
¿O nevaba?

En cualquier momento, en cualquier
segundo... iban a sonar las palabras
que había estado temiendo, las
palabras que daría cualquier cosa por no
escuchar, las palabras...

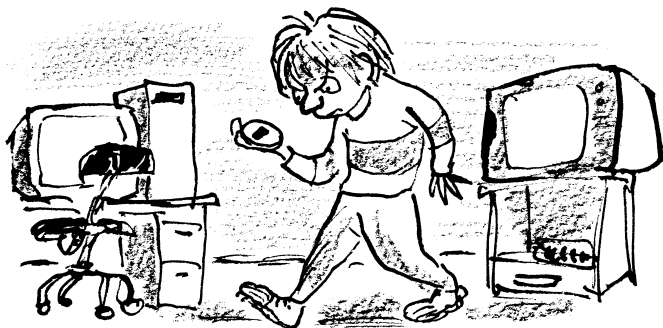
—¡Pablo! ¡Roberto! ¡Es hora de salir
de paseo! —llamó su madre.

—¡Yupiii! —gritó Roberto, el niño

perfecto—. ¡Podré llevar mis nuevas botas de goma amarillas!

—¡NO! —aulló Pablo Diablo.

¡Salir de paseo! ¡¡¡Salir de paseo!!!
¡Como si él no caminara ya más que de
sobra! Iba andando al colegio. Iba
andando a ver la tele. Iba andando hasta
su ordenador. Iba andando hasta el tarro
de los caramelos y encima **volvía**
andando al supercómodo sillón negro.



Pablo Diablo caminaba un montón.
¡Sí señor! Y lo último que necesitaba era
todavía más caminatas. Más chocolate,
de acuerdo. Más bolsas de patatas fritas,
vale. Pero **¿andar más?** ¡De eso nada!
¿Pero por qué no podrían sus padres

decir alguna vez: «Pablo, ¡es hora de jugar con el ordenador!», o «Pablo, deja de hacer tus deberes ahora mismo, que ya es hora de que pongas la tele»?

Pues no. Por alguna razón, sus mezquinos y espantosos padres opinaban que pasaba demasiado tiempo metido en casa. Llevaban semanas amenazándole con hacerle participar en un paseo familiar. Y había llegado el momento temido. Su precioso fin de semana había quedado en ruinas.

Pablo Diablo odiaba la naturaleza. Pablo Diablo odiaba el aire fresco. ¿Acaso había algo más aburrido que andar por las calles de un lado a otro, contemplando las farolas? ¿O que chapotear sobre el barro de algún parque absurdo? La naturaleza apestaba. ¡Puajj! Preferiría mil veces quedarse en casa viendo la tele.

Su madre entró a grandes pasos en el cuarto de estar.

—¡Pablo! ¿Es que no me has oído llamaros?

—No —mintió Pablo.

—Ponte tus botas de goma; nos vamos —dijo su padre—. ¡Qué día tan espléndido!

—No quiero ir a pasear —dijo Pablo—. Quiero ver *El Gladiador Exterminador contra el Luchador Desintegrador*.

—Pero, Pablo —dijo Roberto, el niño perfecto—, el ejercicio y el aire fresco te sentarán muy bien.

—¡Me importa un rábano! —chilló Pablo.

Pablo Diablo salió dando patadones en el suelo y abrió la puerta de la casa de par en par. Inspiró profundamente, dio un salto a la pata coja y volvió a cerrar la puerta.

—¡Listo! Ya está. Aire fresco y ejercicio —gruñó.

—Pablo, nos vamos —dijo su madre—. Entra en el coche.

A Pablo se le aguzó de pronto el oído.

—¿En el coche? —preguntó—. Creí que íbamos de paseo.

—Precisamente —dijo su madre—. Un paseo por el campo.

—¡Hurra! —dijo Roberto, el niño perfecto—. Un buen paseo **bien largo**.

—¡NOOOOOO! —aulló Pablo. Arrastrar los pies por el aburrido parque de siempre ya era bastante penoso, con sus hojas mohosas, sus cacas de perro y sus árboles encanijados. Por lo menos, el parque no era muy grande. ¡Pero el campo!

¡El campo era enorme! Se pasarían andando horas, días, semanas enteras, hasta que se les cayeran los pies y sus piernas se convirtieran en muñones. ¡Y el campo era tan peligroso! Pablo Diablo estaba seguro de que se lo tragarían las arenas movedizas o sería pisoteado hasta morir por una bandada de pollos salvajes.

